
 CAPITULO XXIV.

Viaje á Filadelfia. — Canal de Chisapica y Delavara. — Ciudad de Filadelfia. — Lectura de miss Wright.



Hacia fines de agosto de 1830, hicimos una expedicion á Filadelfia, y á pesar de la estacion, nuestra buena suerte nos deparó un tiempo despejado y tranquilo. El camino de Washington á Baltimore, que fué nuestra primera jornada, es mui agradable en el verano por la variedad y lozanía del follage que lo guarnece en gran trecho.

Pasamos la noche en Baltimore, y nos embarcamos el otro dia por la mañana en un vapor para Filadelfia. Las vistas del rio de la Danta (Elk-River), en que se entra á poco de haber salido del puerto de Baltimore, no son hermosas. A las seis de la mañana nos embarcamos, y á las doce llegamos al canal de Chisapica y Delavara. Dejamos el vapor y anduvimos de doscientas á trecientas varas hasta el canal, donde tomamos un bote cubierto, tirado

por cuatro caballos y con un tendal elegante. El canal atraviesa el estado de Delavara, y junta los rios de Chisapica y Delavara. Aunque la distancia no es mas de trece millas, es obra que ha costado mucho; porque para una parte considerable de él ha sido necesario hacer excavaciones mui profundas, y en muchos sitios estan bardadas las orillas, con el objeto de evitar que se desmoronen y arruinen. En el punto en que la cortadura es mas honda, han echado un puente ligero, que por su grande elevacion, forma un objeto notable á los ojos de los que pasan por debajo. Todo barco que pasa por este canal paga una alcabala de veinte pesos.

Nada llama menos la atencion que la porcion del estado de Delavara por donde cruza el canal, exceptuando apenas el Misisipí. A la una entramos en el rio Delavara por casi enfrente del fuerte, que parece recién construido y es mui bello. Aquí volvimos á cambiar de barco, transbordándonos á otro de sus magníficos vapores: las dos mudanzas se verificaron con la mayor regularidad y prontitud.

El paisage que se descubre desde el rio, no ofrece cosa alguna que sea de notar. La corriente es ancha y las orillas bajas; pero á corta distancia antes de llegar á Filadelfia, despiertan la curiosidad del viajero dos edificios de sin-

gular aspecto. En respuesta á mis preguntas, me dijeron que los habian construido, con el fin de que sirviesen de abrigo á dos buques de guerra. Uno y otro estan perfectamente acabados y tienen muchas ventanas para la ventilacion. Estos edificios deben haber costado sumas considerables; pero como la construccion de los objetos que cubren ha debido costar mas, se pueden mirar como buena economía.

A las cuatro de la tarde llegamos á Filadelfia, ciudad verdaderamente hermosa, aunque de aspecto menos noble, vista de lejos, que Baltimore; pues no tiene cúpulas ni columnas, y á pesar de ser mayor, no se presenta tan bien ni tan de lleno. No hai cosa mas linda en efecto: las calles estan perfectamente empedradas, las baldosas, como en las demas ciudades del Norte de América, son de ladrillo, y estan protegidas contra el ardor del sol por toldos, que en todas las principales tiendas caen desde las ventanas de los almacenes hasta la orilla del empedrado.

Filadelfia está construida con una regularidad tan escrupulosa que casi fatiga: las calles que corren de norte á sur se distinguen por números desde el uno hasta — no sé cuantos: yo hice una visita en la calle duodécima, *twelfth street*. Estas estan cortadas en ángulos rectos por otras, que llevan los nombres de varios árboles; la del Moral (*Mulberry-street*),

la del Castaño (*Chestnut-Street*), y la del Nogal (*Walnut-street*), parecen las mas elegantes: en cada una de ellas hai un teatro. Ese modo de designar las calles es sumamente cómodo para los extrangeros, por la facilidad que da para dirigirse con certeza al punto que se desea ir. Por ejemplo; pregunta uno por el banco de los Estados-Unidos; — le responden que está en la calle del Castaño entre la Tercera y la Cuarta, y como las calles estan divididas por distancias iguales de unos treientos pies, es imposible que se equivoque. Muchas de las casas son hermosas, pero ninguna magnífica; por lo comun estan construidas de ladrillo, y las de un orden mas lujoso tienen escaleras de mármol blanco, siendo de ese rico material los quiciales y dinteles de unas cuantas; con todo no entra el mármol en la arquitectura de las habitaciones privadas de Filadelfia como se ve en Baltimore.

Los Americanos del Norte admiran con entusiasmo Filadelfia, y le dan la preferencia en punto á hermosura sobre todas las demas ciudades de los Estados-Unidos; yo no soi de su opinion. Se ven allí algunos edificios hermosísimos; pero ninguno está situado de manera que ofrezca un punto de vista tan bello como el Capitolio y la casa del presidente en Washington. Además, á pesar de esos hermosos edificios, de los cuales se encuentra alguno

que otro en todas las calles principales, nunca varia el punto de vista : no hai Plaza de Luis-Quince, no hai Calle del Regente ó Parque Verde, que hagan exclamar « ¡ qué hermosura ! » todo es igual, recto, uniforme é indiferente.

Hai sin embargo un sitio como á distancia de una milla de la ciudad que presenta un cuadro delicioso. Los acueductos de Filadelfia no han obtenido todavía la celebridad de los de Marly cerca de Paris, pero no la merecen menos. En un punto bellísimo del rio Schuylkill han construido un depósito soberbio á donde hacen subir el agua, teniendo la elevacion necesaria para que de allí se reparta por toda la ciudad. La vasta, y al mismo tiempo simple máquina que ejecuta la operacion, está abierta para todo el mundo, y son tantas las personas que van á verla, que corren varias diligencias por la noche desde Filadelfia á Monte-Hermoso (Fair Mount). Mas no consiste el atractivo principal de Monte-Hermoso en lo curioso é interesante de esa maquinaria, á pesar de su mérito ; no seria tan concurrido, si no tuviera encantos que justificaran su nombre. En realidad Monte-Hermoso es uno de los puntos mas amenos en que se deleitará la vista. Atraviesa el Schuylkill una presa bastante ancha, que produce el ruido y aun la ilu-

sion de una cascada. Al otro lado del rio ocupa la eminencia una granja particular : sus praderas hermosas van descendiendo hasta el borde del agua, y los grupos de sauces llorones y otros árboles extienden sobre la corriente su sombra. La máquina misma está dentro de un edificio sencillo pero bello de cal y canto, con un frontispicio extenso que da á un terrado sobre el rio : detras del edificio y separada de él por una pradera, se alza una elevada muralla de roca caliza, tajada en una ó dos partes, á fin de abrir paso para que el agua entre en el arca. La catalpa se mostraba en todas las hendeduras de la roca, cubierta de preciosas flores. Bajo uno de esos árboles da salida una abertura artificial á una fuente clara y brillante como el cristal, que cae en una taza de trabajo sencillo, con un vaso para el servicio del viajero sediento. En otra parte, una porcion del agua que sube al depósito, forma un saltadero perpetuo que se vuelve á precipitar en lluvia de plata sobre la cabeza de una nayade blanca como la nieve. La estatua no es obra de un Fidias; pero el terreno obscuro y peñascoso que forma el fondo del paisaje, las floridas catalpas que la cubren con su sombra, la ninfa solitaria, y la lluvia transparente que la envuelve, dejándola ver por entre un velo misterioso, realzan la escena de un modo singular;

la noche que yo la visité, me pareció mucho mas encantadora, porque el tiempo era calorosísimo, y el contraste del fresco de aquel sitio y de la atmósfera de fuego que abrasaba lo demas del país, aumentaba sus atractivos. Era imposible en aquella escena no envidiar á la estatua su baño eterno de aspersión.

Al volver de nuestra excursion, encontramos carteles por todas partes, anunciando que miss Wright iba á pronunciar aquella noche su discurso de despedida á los ciudadanos de Filadelfia en el teatro de la calle del Arco, para embarcarse de vuelta á Europa. Determiné inmediatamente ir á oirla, y lo verifiqué, aunque con alguna dificultad, á causa del tropel que se agolpó con la misma intencion. El teatro, que es mui bonito, estaba lleno por todas partes, incluso el tablado, y la concurrencia era brillante. Se contaba en ella mayor número de damas del que se suele ver en otras ocasiones en un teatro americano: tal vez consistia en que eran admitidas *gratis*.

Miss Wright se presentó en el tablado escoltada por una porcion de damas cuáqueras, que le servian de guardias de corps, vestidas con el uniforme completo de su secta. Ella estuvo, como está siempre, formidable en sus teorías, pero elocuente con fuerza y felicidad, y, en cuanto al tono de su discurso, obtuvo

grandes aplausos, aunque un pasage causó una emocion profunda y provocó varios silbidos. Miss Wright asentó abiertamente, apoyada con la autoridad de Jefferson por sus obras póstumas: « que Washington no era cristiano. » Una voz, que salió del patio, exclamó con el acento de la indignacion: « Washington era cristiano; » pero se veia claramente que la mayor parte de los circunstantes consideraba la asercion de Jefferson como un elogio del ídolo del país, y los aplausos no tardaron en ahogar los silbidos. El general Washington sin embargo, explica de un modo algo diferente sus principios. Yo he hallado en su alocucion de adios, rehusándose para la reeleccion á la presidencia, el pasage siguiente:

« La religion y la moral son las dos basas indispensables en que deben estribar todas las disposiciones y costumbres que conducen á la prosperidad política. En vano reclamará el tributo de patriotismo el hombre que se afane por derribar estos grandes pilares de la felicidad humana, estos firmísimos apoyos de los destinos de los hombres y de los ciudadanos. No bastaria un volúmen para señalar todas sus conexiones con la felicidad pública y privada. Y no nos abandonemos sin cautela á la suposicion de que la moral se puede mantener sin la religion; la razon y la experiencia nos prohi-

ben esperar que la moral nacional pueda prevalecer con la exclusion de los principios religiosos. »

Yo no diré quien conocia mejor los principios de Washington, si Jefferson ó él mismo; pero, á lo menos, parece justo, cuando se cita una asercion, añadir tambien la otra.



CAPITULO XXV.

Plaza de Washington.—Hermosura americana.—Galería de Bellas-Artes.—Teatros.—Museo.

—

Todos los viajeros emplean las mañanas del mismo modo : nosotros ocupabamos las nuestras en informarnos de lo que habia que ver en el pais, para ir á visitar todo lo que las respuestas de las personas á quienes preguntabamos, nos indicaban que merecia la curiosidad. Acaso no hai ciudad alguna donde se pueda hacer eso con mas facilidad que en Filadelfia : basta subir una calle, bajar otra, entrar por aquí, salir por allá, hasta describir paseando todos los paralelógramos que forman la ciudad, para ver muchas cosas que son dignas de atencion. El Banco de los Estados-Unidos y el de Pensilvania son los edificios que mas excitan la admiracion, porque uno y otro son en extremo hermosos, no solo por el mármol blanco de que estan construidos, sino tambien por la belleza de los modelos griegos, con-